

## *La escuela judía de Alejandría. El libro de la Sabiduría*

La gran obra la realizará Palestina, o más bien Galilea. Egipto, sin embargo, la continuaba con perseverancia. Sin darse cuenta del cambio completo que se había verificado desde la batalla de Accio en el estado de aquel país, la colonia judía de Alejandría, rica y próspera, buscaba la verdad con la calma que proporciona una situación bien cimentada. Lejos estamos en Alejandría de la fiebre palestínica. No existía el problema político. La raza judía tenía allí lo que le gustaba: facilidades para darse a los negocios, a su asombrosa actividad moral y a sus aficiones estudiantas.

Las dos vertientes en que se produjo, después de los Macabeos, el movimiento religioso de Israel, el mesianismo y el resurreccionismo, siguieron sin conocerlas los judíos de Egipto. La necesidad de las recompensas de ultratumba se notaba en Egipto tanto como en Palestina o más. Pero el conocimiento de la filosofía griega daba para esto medios más sutiles que los ofrecidos por la filosofía semítica. Se creían separa-

bles el cuerpo y el alma, y para que durase el hombre después de su muerte, no era necesario resucitar el cuerpo. Las creencias sobre el día del juicio, el fin del mundo y el Mesías, no existían tampoco en Egipto. Se imaginaban una especie de Campos Elíseos, donde las almas justas gozaban a la vista de Dios delicias sin fin.

Egipto no deseó tanto aumentar el número de libros sagrados como Palestina. Sólo hay en esto un ejemplo bien caracterizado. Un judío piadoso e ilustrado, indudablemente de Alejandría, alimentado de antiguas fuentes sapienciales, quiso enriquecer la colección de escritos de aquel género atribuidos a Salomón, con un librito que llamó *Sofía Solomontos*<sup>1</sup>.

Lo escribió en griego, seguramente el único idioma que sabía, y no tomó ninguna precaución para que se creyera en un original hebreo. El lenguaje es correcto, casi clásico. Resumiendo, es un libro bastante bueno, que habiendo formado parte siempre del canon cristiano, ha sido muy leído y se cuenta entre los que han educado a la humanidad.

Suponemos que se dirige Salomón a los reyes, sus colegas, y a todos los depositarios de la autoridad para enseñarles el respeto a la religión y la excelencia del pueblo judío. Su filosofía es un racionalismo bastante hermoso, un deísmo semejante al que Cicerón deducía en la misma época de la filosofía griega. La razón divina, la sabiduría penetra en todas partes; todo lo hace, todo lo mueve, todo lo renueva, todo lo recorre. Es una emanación divina. La sabiduría humana no es más que una derivación suya.

La sabiduría, del modo que la entiende nuestro autor, es evidentemente más que la metáfora inofensiva de que solían servirse los Proverbios y Sirach. Es una hipóstasis, una persona divina, un asesor divino, un padre, una esposa que ayuda a Dios en sus obras difíciles y que gobierna el mundo con él. Así se creó un intermediario en el abismo que el monoteísmo abría entre Dios y el Mundo. El «Hijo» y el «Espíritu» serán para el cristianismo, desde cierta época, hipóstasis bastante más fecundas. Sólo una vez utilizaba el autor la palabra *Logos*, Verbo, Razón, que Filón usará después y que llegará a ser para ciertas ramas del cristianismo la base de la teología.

Una forma de pensar profunda y verdadera domina en todo esto, y es la impersonalidad de la razón. La sabiduría resulta una cosa exterior que se recibe, y no se crea; es la misma para todos los hombres. Emanada de Dios, que la da a quien le place. Se logra o no se logra, sin que en esto influya la propia voluntad.

A pesar de que los judíos letrados de Alejandría tuviesen todos alguna noción de filosofía griega, nada hemos encontrado en sus escritos que señale la entrada de esta filosofía en el campo del espíritu hebreo. Esa entrada es ahora clara, evidente, triunfante. Además de la palabra *Logos*, el autor de la Sabiduría emplea las palabras *Pronœa* (Providencia); los nombres de las virtudes cardinales al modo estoico y todas aquellas con que el estoicismo muestra el alma del mundo. La psicología del autor es platónica. El alma es preexistente y baja al cuerpo como a una

1. Este libro se creyó obra de Salomón, hasta que en tiempo de Orígenes se comenzó a dudar de él.

tienda de campaña: el cuerpo vuelve a la tierra y tiene que devolver el alma que se le prestó.

Lo que más preocupaba al autor de la *Sabiduría* es la del israelita de todos los tiempos: «¿Por qué razón se ha de practicar la virtud?» Hemos visto las numerosas tergiversaciones de Israel sobre ese problema, y tales tergiversaciones son una gloria y la prueba de su superioridad sobre otros pueblos. La continuación de la persona humana después de la muerte es la verdad más necesaria *a priori*. *A posteriori*, el fin de la individualidad, al morir, es casi evidente. Titubeando entre ambas incertidumbres, y dotado del sentimiento moral más intenso que se ha conocido, Israel, hasta los Macabeos, no disfrutó en tal sentido ningún descanso. Las obras de los antiguos profetas son un rugido constante contra la injusticia de Jehová, que ordena la virtud, le promete todas las recompensas y no se las da. El autor de la *Sabiduría* soluciona el problema separando sustancialmente el alma del cuerpo. Acerca de este punto no tiene ninguna duda.

Según él, en el mundo hay dos clases de hombres: los materialistas y los idealistas. Los primeros no ven la verdad capital, de que el hombre es inmortal por naturaleza. La muerte entró en el mundo por envidias del diablo, pero Dios salva de la muerte. Jehová hará que los justos, el día del desquite, juzguen a los pueblos y dominen a las naciones. Contrariamente, castigará a los impíos, y el autor, aunque no duda de los castigos de ultratumba, sólo habla de ellos incidentalmente, y con discreción, saliendo lo menos posible del círculo de las ideas antiguas.

Existe talento, encanto y auténtico sentido de la antigua poesía gnómica en la confesión filosófica de Salomón, que forma la segunda parte del libro. Su amor a la sabiduría, su casamiento con ella, todos los bienes que ésta le lleva en dote, se ajustan a las tendencias de la antigua leyenda y son como continuación de la reina de Saba. Pocos pasajes de la Biblia han sido más explotados que éste por la devoción cristiana, por la predicación y la liturgia. En cambio, aparece demasiado el judío en la especie de filosofía de la historia del pueblo de Israel y en la declamación contra el politeísmo que componen la tercera parte de la obra. Sus juicios sobre el paganismo y la filosofía, a la que deben tanto, son exageradamente severos. Han servido para formar los de San Pablo y de los padres más antiguos de la Iglesia cristiana. El odio del semita a las imágenes y a los dioses hechos por la mano del hombre, la imposibilidad de distinguir los matices delicados, la necesidad de creer que los cultos paganos cometían horrores, sacrificios sangrientos, misterios sombríos, hacen de esas diez o quince páginas un cuadro totalmente engañoso. Las religiones de la antigüedad, explicadas por el amor a la ganancia y la bajeza para con los reyes, es cosa en realidad insuficiente. El gusto artístico en religión representa también algo, y las razas que carecen de él no pueden juzgar a las que lo poseen.